

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

**Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas**

**Domingo de Ramos, Triduo Pascual, ciclo C
Domingos de Pascua, ciclo C**

*Del 10 de abril (Domingo de Ramos)
al 5 de junio (Pentecostés) de 2022*

Domingo de Ramos

Primera lectura: Isaías 50,4-7

No oculté el rostro a insultos; y sé que no quedaré avergonzado.

Una de las principales características del Deutero-Isaías (Is 40–55), compuesto durante el exilio, son los cánticos del siervo del Señor. Se trata de cuatro poemas escritos en tercera persona, excepto el tercero, en los que el siervo se presenta en forma autobiográfica: Is 42,1-4; 49,1-7; 50,4-9 y 52,13–53,12. Como su nombre indica, estos cantos o poemas giran alrededor del «siervo», un personaje misterioso que algunos identifican con un individuo y otros con una colectividad (el pueblo de Israel o una parte del mismo). Entre las primeras comunidades cristianas estos cantos se aplicaron a Jesús, especialmente el primero y el cuarto.

En el tercer cántico del siervo (Is 50,4-9) aparece un personaje anónimo que no es llamado «siervo», pero cuya situación y destino coinciden parcialmente con el protagonista de los otros cánticos a la vez que nos recuerda a Jeremías, el profeta sufriente. El siervo habla de su misión al servicio de la Palabra y de los terribles sufrimientos que ésta le acarrea: una auténtica persecución. Apaleado, agredido con ultrajes, insultos y salvazos, acepta y soporta las consecuencias de su ministerio con paciencia y serenidad, seguro de que saldrá a flote gracias a la ayuda del Señor. Sus adversarios no podrán demostrar su culpabilidad y tendrán que sufrir el castigo (v. 9).

Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Se rebajó a sí mismo; por eso Dios lo levantó sobre todo.

La segunda lectura es el célebre himno cristológico de Flp 2,6-11, que Pablo adaptó y completó con adiciones y reflexiones personales, para incorporarlo a su nuevo contexto. Patrimonio común de las primeras comunidades cristianas, el himno presenta a Jesús en tres momentos: preexistencia divina, humillación y sometimiento en la cruz, y exaltación gloriosa. En la primera parte (vv. 6-8) se advierte un movimiento descendente: Jesucristo, hecho hombre, se abajó hasta abandonarse a la muerte en cruz, la máxima entrega de sí mismo. En la segunda (vv. 9-11), en cambio, da comienzo el proceso inverso, es decir, el movimiento ascendente en el que Dios interviene directamente. La continuidad entre las dos partes está garantizada por la expresión «por eso» (en griego, *dio kai*). El sujeto es Dios Padre que lleva a cabo la exaltación del Hijo, la cual puede interpretarse como la respuesta divina a la humillación de los humanos.

Evangelio: Lucas 22,14–23,56

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas.

Después de un prólogo donde se narra la conspiración contra Jesús (Lc 22,1-6), la historia de la Pasión une redaccionalmente dos ciclos principales, el de la cena de despedida (Lc 22,7-38) y el del martirio (Lc 22,39–23,49). El primero se compone de la preparación de la cena, la celebración y la alocución de despedida. El segundo, más largo, sigue las tres fases propias de una «acta de mártir»: arresto, proceso y ejecución. Antes, el mártir, se prepara orando. Después de la muerte, sus amigos rescatan el cuerpo y le dan piadosa sepultura.

El relato lucano de la Pasión revela una perspectiva que se podría definir como personal y parenética. La sucesión de los acontecimientos está jalonada de encuentros y reacciones entre el discípulo y el Cristo sufriente. Mientras sigue a Jesús en la Pasión, el discípulo se siente invitado a unirse a él personal y existencialmente. Cuando Jesús llega al vértice de su itinerario en Jerusalén, la narración lucana se revela como «el evangelio del discípulo» (Gianfranco Ravasi).

Simón de Cirene y las mujeres no son espectadores o testigos neutrales sino paradigmas o tipos del discípulo-seguidor. Simón carga con la cruz a cuestas detrás de Jesús (23,26), expresión típica para designar la misión del discípulo. Las mujeres se golpeaban el pecho en actitud de conversión, lo mismo se repetirá después de la muerte de Jesús (23,48). De hecho, éste era el último mensaje que Jesús les había dejado: «Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos» (23,28).

Al discípulo que le contempla colgado en la cruz, Jesús le ofrece un ejemplo sublime de perdón: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (23,34), poniendo en práctica el mandamiento del amor que él había enseñado. En esta misma perspectiva de amor y perdón se sitúa la escena del malhechor arrepentido a quien, en el último momento, Jesús le concede la salvación (23,43). De este modo, Lucas testimonia la eficacia del sacrificio de Cristo. La cruz transforma el mundo mediante la conversión y el perdón. Al morir, Jesús se abandona en las manos del Padre, ilustrando con el propio ejemplo su catequesis sobre la providencia de Dios.

Lucas concluye su relato con una observación que a simple vista parece marginal: «Todos los que conocían a Jesús, y también las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, estaban allí presenciando todo esto» (23,49). Solo la contemplación y la meditación revela el significado profundo de los hechos.

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

Primera lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Prescripciones sobre la cena pascual.

Éxodo deriva del griego y significa «salida». Este es el título que los autores de la Biblia griega dieron al segundo libro del Pentateuco. En el Éxodo se narran los inicios de la formación del pueblo de Israel: su nacimiento físico (la liberación de Egipto) y su nacimiento espiritual (la alianza en el Sinaí). El libro se desenvuelve en tres escenarios, Egipto, el desierto y la montaña del Sinaí. De ahí la siguiente división en tres partes: liberación de Egipto (Ex 1,1–15,21), el camino por el desierto (Ex 15,11–18,27) y los acontecimientos en el Sinaí: el pacto de alianza y el don de la ley (Ex 19–40).

Nos situamos en la primera parte. Después de los relatos sobre la esclavitud en Egipto y las diez plagas, sigue un texto de carácter legal y cultural sobre la celebración de la Pascua, del que hoy leemos un fragmento (Ex 12,1-14). La fiesta de Pascua, muy popular entre los pueblos circundantes, nace en un ambiente de pastores. Se celebraba en primavera, cuando los pastores llevaban los rebaños a pastorear a los pastos de verano. Los motivos de la fiesta coinciden con la fiesta de los Ácimos (Ex 12,15-20): dar gracias a Dios por la fecundidad de los rebaños del año pasado y pedirle la misma bendición para el año próximo. Israel interpretó los ritos de la antigua fiesta de pastores a la luz de su historia, dándoles un significado nuevo: la liberación de Egipto.

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Cada vez que coméis del pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor.

El capítulo 11 de la primera carta a los Corintios está dedicado al comportamiento que se debe adoptar en las asambleas religiosas. No sabemos si esta intervención de Pablo responde a una petición concreta o si él aprovecha la ocasión para corregir algunos abusos que se han producido en la comunidad cristiana de Corinto. Uno de las cuestiones es el velo de las mujeres (11,2-16) y la otra es la celebración de la cena eucarística (11,17-33), donde con frecuencia se violaba la fraternidad cristiana.

Para reconducir a los Corintios al recto camino, Pablo recuerda la «tradicción» de la Cena del Señor, y la comenta en términos de fe y de exigencias morales. El pasaje es muy importante del punto de vista histórico porque se remonta a los años 50-52 dC, cuando ya existía una narración oficial

de lo que había sucedido en la última cena de Jesús. Nuestro texto es, pues, el testimonio literario más antiguo de la Eucaristía, anterior al texto de los evangelios sinópticos. Son de notar los dos verbos utilizados por Pablo en el v. 23: «he recibido» (en griego, *parelabon*) y «he transmitido» (en griego, *paredoka*), dos términos técnicos que definen la «tradicción» del contenido de la fe en la Iglesia (cf. 15,1-3).

Evangelio: Juan 13,1-15

Los amó hasta el extremo.

Con el capítulo 13 empieza la segunda parte del cuarto evangelio (Jn 13–20) comúnmente conocida como el «Libro de la Gloria», donde se narra el misterio pascual de Jesús. El interés de estos capítulos ya no son los signos realizados por Jesús (cf. Jn 1–12) sino su retorno al Padre y, por tanto, su glorificación. A diferencia de los sinópticos, Juan contempla la pasión de Jesús desde la óptica de la glorificación. Como muy acertadamente alguien ha comentado, en el cuarto evangelio la cruz, más que un patíbulo, parece un trono.

La segunda parte se compone de dos partes bien diferenciadas: los discursos de despedida de Jesús (Jn 13–17) y el relato de su pasión/glorificación (Jn 18–20). Así pues, nuestro texto pertenece al género literario del «discurso de despedida», que ya era conocido en el Antiguo Testamento (cf. los discursos de Moisés en el Deuteronomio o los de José antes de morir en el Génesis).

Nuestro texto (Jn 13,1-15) es parte de ambientación histórica de los mencionados discursos (Jn 13,1-35). El v. 1 es una introducción general de la que destacamos algunas expresiones. En primer lugar, el verbo «sabiendo» (cf. v. 3), que luego reaparecerá al comienzo de la pasión (18,4), subraya la plena consciencia y dominio de Jesús en este trance. En segundo lugar, «la hora de pasar al Padre» indica en el lenguaje de Juan la muerte de Jesús (cf. 12,23). En tercer lugar, «los amó hasta el extremo» es la expresión suprema del amor de Jesús por «los suyos», término genérico que abraza a los creyentes de todos los tiempos. Los gestos de Jesús son descritos minuciosamente como si se tratase de una contemplación directa (vv. 4-5).

Sigue el diálogo de Jesús con Simón Pedro (vv. 6-11) que se resiste a que Jesús le lave los pies. Jesús responde con una expresión de difícil traducción: «no tendrás parte conmigo» (en el leccionario «no tienes nada que ver conmigo») es una fórmula semítica para indicar la participación en la herencia. «Parte» significa la herencia que Dios da al pueblo de Israel. Al final Pedro acepta y Jesús explica a los discípulos el significado de su gesto, fundamento último del amor cristiano (vv. 11-15).

Viernes Santo

Primera lectura: Isaías 52,13–53,12

El fue traspasado por nuestras rebeliones.

De los cuatro cánticos del siervo del Señor que se encuentran en el Deutero-Isaías (Is 40–55), hoy leemos el último y más conocido (Is 52,13–53,12), que podría llevar por título «pasión y gloria del siervo». A diferencia de los otros, se limita a narrar los sufrimientos del siervo y su último sentido. Se compone de una introducción (Is 52,13-15), el cuerpo central (Is 53,1-10), y un epílogo (Is 53,11-12). El cuerpo corre a cargo de un nosotros, un grupo que narra la pasión, muerte y triunfo del personaje, mientras las otras dos partes las pronuncia Dios, anticipando y confirmando el sentido de los hechos.

El contenido es claro y extraño a la vez. Un inocente que debe sufrir, mientras unos culpables son respetados; un humillado que triunfa; un muerto que vive. El poeta no ha querido poner nombres a los personajes, a excepción de Dios, prefiriendo utilizar pronombres, de por sí indeterminados. Pero, ¿quién es el siervo del Señor? ¿Se puede identificar? ¿Se parece a alguien? Los estudiosos han tentado varias respuestas: el siervo se parece a Moisés, a Josías, a Jeconías, a Jeremías, al autor de la tercera Lamentación, al Deutero-Isaías, estos dos últimos anónimos, al pueblo judío o a una parte del mismo. Imposible identificar al siervo, lo que cuenta es el significado profundo del poema.

Este poema ha tenido una importancia excepcional para el Nuevo Testamento, pues ha contribuido a la formación de los relatos de la pasión y muerte de Jesús. Es posible que el mismo Jesús haya interpretado la propia muerte a la luz de estos versos. En Jesús, la figura poética del siervo se ha hecho realidad, en él se ha cumplido este pasaje (cf. Lc 4,21).

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Se convirtió en causa de salvación eterna.

La carta a los Hebreos es una magnífica homilía sobre Jesucristo sacerdote santo, misericordioso y digno de fe. Nuestra lectura se compone de dos textos. Por un lado, 4,14-16, un pasaje exhortativo que funciona como transición entre las dos secciones de la segunda parte de la carta (3,1–5,10) y, por otro, 5,7-9, un breve fragmento de carácter expositivo sobre la aplicación del sumo sacerdocio a Cristo (5,5-10).

Después de la exhortación inicial (4,14), el autor se centra en la misericordia de Jesús (4,15-16). Cristo, aun siendo un sumo sacerdote glorioso, es capaz de comprendernos porque ha experimentado la prueba como nosotros. Ha sufrido hambre y sed, cansancio, tristeza y tentaciones, y además ha sufrido humillaciones, vejaciones y el suplicio de la cruz. Por eso, ha podido compadecerse de nuestras debilidades. El resultado es que, gracias a Cristo, nosotros podemos «acercarnos con confianza (en griego, *parresía*) al trono de gracia». Aquí el término «confianza» no expresa solamente un sentimiento subjetivo sino un derecho, una libertad de acceso: el derecho a «decirlo todo».

Lo que hizo a Jesús perfecto (consumado) sacerdote fue la prueba de la obediencia en el dolor (el autor alude a la escena de Getsemaní). De este modo, él se convirtió en autor de salvación para todos los que le obedecen en la fe (5,7-9).

Evangelio: Juan 18,1–19,42

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan.

El «libro de la Pasión» (Jn 18–19) constituye una unidad histórica y literaria enmarcada por la mención del «huerto» al inicio (18,1) y al final (19,41). En esta gran unidad se pueden distinguir cinco escenas: el arresto de Jesús en el huerto (18,1-11); Jesús ante Anás, entre la primera y la segunda negación de Pedro (18,12-27); Jesús ante Pilato (18,28–19,16a); la crucifixión (19,16b-30); la lanzada, sepultura y epílogo en el huerto (19,31-42).

Comparado con los demás sinópticos, el relato de Juan se distingue en varios aspectos. Primero, a nivel general lo que más sorprende es la presentación de Jesús que, apartándose de la imagen del siervo sufriente de Is 53 (cf. la primera lectura), se caracteriza por su autoridad y dominio de la situación en todo momento desde el prendimiento hasta la crucifixión. Segundo, la realeza de Jesús se manifiesta en modo particular en el proceso ante Pilato cuya función es revelar y proclamar a Jesús como rey de un reino que no es de este mundo. Tercero, Jesús se muestra siempre obediente a la voluntad del Padre. Cuarto, las frecuentes citas del Antiguo Testamento son expresión de la voluntad del Padre e instrumento pedagógico que conduce a la fe en Cristo.

Jn 19,26-27 no tiene paralelo en los sinópticos. Ha llegado su hora (cf. cap. 2) y su madre está de nuevo junto a él con Juan, el discípulo amado. Éste representa a los verdaderos creyentes y María a la Iglesia. En esta escena se funda el sentido de la maternidad espiritual de María.

La muerte de Jesús es su glorificación y la sepultura expresa la misma solemnidad de su pasión y muerte. Como rey entra en Jerusalén, como rey es crucificado y como rey es sepultado.

Vigilia Pascual

Primera lectura: Génesis 1,1-2,2

Vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.

El primer relato de la Biblia es una especie de himno a la creación, con un fuerte carácter litúrgico debido a las repeticiones y a las fórmulas utilizadas. La obra de la creación se articula en el marco cronológico de la semana hebrea: el primer día, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto y, por último, el séptimo, el día del descanso. Así pues, el sábado es el punto culminante de esta liturgia de la creación.

El himno contiene una breve introducción (1,1-2) que puede considerarse como el título y el resumen de toda la obra creadora de Dios: el caos y las tinieblas que preceden la creación contrastan con el poder de Dios y la belleza del mundo creado. Entre la introducción y la conclusión contemplamos la actuación de Dios expresada en tres modalidades: hacer, separar o dividir y hablar de manera eficaz, es decir, Dios habla y realiza aquello que dice.

La creación por medio de la Palabra («y dijo Dios...») queda confirmada con una observación («Y vio Dios que era bueno») que se repite siete veces, siendo la última ligeramente diversa. En 1,31 Dios contempla satisfecho todo lo que había hecho y exclama: «Y era muy bueno». Esta expresión superlativa, la única en el texto, expresa la idea de plenitud: el mundo creado por Dios es completamente positivo.

Así pues, este primer relato genesiaco es una cosmogonía, es decir, un relato sobre el nacimiento del universo. El ser humano ocupa ciertamente un lugar importante en el orden de la creación. Sin embargo, no hay que olvidar un detalle importante: es creado el mismo día que los animales y recibe, en parte, la misma bendición y su mismo alimento. Es y será siempre una criatura de Dios.

Segunda lectura: Génesis 22,1-18

El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe.

El cap. 22 del libro del Génesis es uno de los más conocidos y complejos del ciclo de Abrahán, que empieza en 12,1-4 con la vocación del patriarca. Abrahán ha sido desde el principio un hombre de fe, ha creído en la promesa de Dios. Lo demuestran su prontitud en dejar la tierra a partir de 12,1-4, su respuesta a la promesa en 15,6, su aceptación de la

circuncisión en 17,22-27. Todo esto se ha visto recompensado en 21,1-8 con el nacimiento de Isaac. Todo funciona bien hasta que Dios le pide el sacrificio de su hijo. A partir de este momento todo se complica. Nuestro texto no es una narración de los orígenes (como las de Gn 1-11) sino la historia de una fe atormentada.

La narración original parece terminar en el v. 13, pues el v. 14 es la explicación de un nombre geográfico, los vv. 15-18 (el segundo discurso del ángel) generalmente se consideran un añadido posterior y los vv. 20-24 contienen datos genealógicos.

Dios ya le pidió a Abrahán el sacrificio del pasado, ahora le pide el sacrificio del futuro: renunciar a su hijo, el heredero prometido. Con este ruego, Dios lo pone a prueba. La ley prohíbe el sacrificio de los humanos (cf. Mi 6,6-7) y, sin embargo, Dios se lo pide. Abrahán responde con un monosílabo en hebreo: «Aquí me tienes». No dice nada más, no pone ninguna objeción, no hace ninguna pregunta. Sin comprender lo que está sucediendo, coge a su hijo y se dirige hacia el lugar que Dios le ha indicado. Abrahán es un hombre de fe y sabe que Dios, de un modo u otro, al final intervendrá, al igual que intervino en el nacimiento de Isaac. Dios lo pone a prueba y Dios provee. Abrahán confía plenamente en el Dios que provee, lo encuentra inescrutable, pero digno de fe (W. Brueggemann). Este texto ilumina la vida de Jesús y sobre todo su misterio pascual. Su muerte y resurrección son la expresión extrema de la prueba y la providencia de Dios.

Tercera lectura: Éxodo 14,15-15,1

Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto.

Los capítulos 14 y 15 forman una unidad narrativa que cierra la primera parte del libro del Éxodo. Todo sucede en un mismo lugar (el mar) y se trata de un solo acontecimiento (Israel, perseguido por los egipcios, consigue atravesar el mar de los Juncos). Para mayor exactitud, Ex 14 es el relato del paso del mar y Ex 15 es su proclamación litúrgica en un cántico.

Nuestro fragmento se concentra en Ex 14. Sus principales protagonistas son el Señor y Moisés, mientras Israel se limita a seguir sus indicaciones. Los acontecimientos del mar representan el desenlace del drama de la esclavitud. A las tinieblas de la opresión sigue el resplandor de la liberación. Entre opresor y oprimido ahora media el mar, e Israel está a punto de ganar la batalla. El relato se compone de tres escenas simétricas: delante del mar (vv. 1-14), en medio del mar (vv. 15-25) y al otro lado del mar (vv. 26-31). Todas siguen una misma pauta: comienzan con un discurso del Señor, sigue la narración de los hechos y los protagonistas reaccionan:

Moisés tranquiliza al pueblo (v. 14), los egipcios huyen despavoridos (v. 25b) y los israelitas creen en el Señor (v. 31).

El paso del mar es descrito como una nueva creación: se separan las aguas y aparece lo seco, camino para los rescatados; las aguas se convierten en muros para dejar paso al ejército del Señor que avanza implacable; las murallas de agua se derrumban sobre los egipcios y el mar los ahoga. Es de noche cuando el Señor comienza a actuar. Es de día cuando Israel se encuentra salvado. Con la luz llega la salvación. El Señor, Dios de Israel, dominador del mar y de los imperios, salva a su pueblo oprimido manifestando así su amor e omnipotencia.

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14

Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor.

El Deutero-Isaías (o segundo Isaías) es un profeta anónimo del exilio, a quien se atribuyen los capítulos 40–55 del libro de Isaías conocidos como «el Libro de la Consolación». Esta parte del libro se compone de dos grandes secciones: cap. 40–48 y cap. 49–55. Si la primera sección se centra en la figura de Ciro como libertador de Israel, la segunda pone de relieve la figura del Siervo del Señor, miembro del pueblo, designado para la salvación de Israel y de los confines de la tierra (cf. los cuatro cantos del Siervo).

Después del cuarto cántico del siervo del Señor (Is 52,13–53,12), el Deutero-Isaías concluye con dos capítulos sobre la restauración y glorificación de Jerusalén (Is 54–55). El capítulo 54 consta de dos poemas muy hermosos: 54,1-10 (el Señor declara su amor a Jerusalén) y 54,11-17 (la reconstrucción de Jerusalén) que están en la base de la primera lectura.

En Is 54,5-14 destaca la tradicional metáfora del matrimonio entre el Señor y Jerusalén, que se encuentra también en el libro de Oseas, Jeremías, Ezequiel y en otros profetas menores. Lo curioso de este texto (cf. los vv. 1-6) es que la ciudad es descrita contemporáneamente como «estéril», «madre», «viuda» y «esposa» del Señor. Esta caracterización tan sorprendente como contradictoria responde a un claro objetivo del autor, que con ella quiere evidenciar el tema principal del libro. La concatenación de imágenes referidas a Sión no quiere ofrecer un retrato de la mujer-ciudad o narrar paso a paso su historia de amor, sino evidenciar la transformación realizada por la mano poderosa del Señor (cf. 54,11-12).

El trágico pasado de Jerusalén, abandonada, humillada y sin hijos, se transforma, gracias a la intervención del Señor, en un futuro de esperanza, consolación y restauración. Este es el mensaje del Deutero-Isaías: nacerá

una nueva Jerusalén cimentada en la instrucción del Señor que garantiza la justicia, la prosperidad y su protección permanente que es garantía de paz.

Quinta lectura: Isaías 55,1-11

Venid a mí, y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua.

Situado al final de la obra del Deutero-Isaías, Is 55,1-11 (faltan los vv. 12-13 sobre la salida de Babilonia) ofrece una síntesis de los cap. 40-54. Retoma, en particular, Is 40,1-11, un oráculo que hace de prólogo a todo el libro del segundo Isaías y anticipa algunos de sus temas dominantes. Por ejemplo, la estabilidad eterna de palabra de Dios (55,10-11; cf. 40,6-8) que hace posible un nuevo éxodo (55,12-13; cf. 40,3-5). Se dirige a «vosotros», excepto en el v. 5, donde aparece un «tu» solitario referido a Israel, detrás del cual se perfila la figura de David (cf. v. 3).

Nuestro texto se puede dividir en dos estrofas. En la primera (vv. 1-5), el profeta anuncia su abundante y gratuita mercancía. Entre los bienes de primera necesidad están el agua, signo del espíritu de Dios (Is 32,15; 44,3), el vino y la leche, símbolo de la alianza y de la comunión con Dios. Pero la mercancía es también la palabra de salvación, concretada en la permanencia de la alianza davídica. En la segunda (vv. 6-11), el profeta hace al pueblo una firme invitación a la conversión: les invita a buscar y regresar al Señor, a abandonar los planes y caminos torcidos para acoger los del Señor («más altos»). La invitación concluye con un hermoso canto a la fecundidad y eficacia de la Palabra de Dios que, en definitiva, es la verdadera artífice de la salvación que está por llegar.

Sexta lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

Camina en la claridad del resplandor del Señor.

A Baruc, el secretario del profeta Jeremías, se le atribuye un libro homólogo escrito probablemente en la época de los Macabeos (segunda mitad del siglo II aC) por un judío palestino desconocido. Ambientado en el periodo del exilio, el objetivo de este libro es ayudar a los judíos de la diáspora a vivir su fe con plenitud, sin alejarse del fundamento y razón de su unidad, es decir, la Ley (la Torá). El drama del exilio en Babilonia está presente en todas las páginas de Baruc. Una catástrofe que nadie podrá borrar de la memoria.

El libro de Baruc se compone de dos grandes secciones: la primera, escrita en prosa, contiene una introducción histórica y una oración penitencial (1,1-3,8); la segunda, escrita en poesía, contiene un elogio de la Sabiduría y una promesa de liberación (3,9-5,9). Nuestra lectura se limita

al elogio de la Sabiduría (3,9-4,4) que el Leccionario presenta en forma reducida. La omisión de los vv. 16-31 hace que el acento recaiga sobre el Creador del universo, aquél que todo lo conoce y todo lo puede, aquél que es la fuente de la Sabiduría, y además, teniendo en cuenta el contexto litúrgico (la Vigilia Pascual), facilita que la mirada del lector se dirija lo más rápidamente posible hacia Jesús, sabiduría de Dios, luz y vida de la humanidad.

La Sabiduría es, pues, prerrogativa exclusiva de Dios. Solo Dios, que la posee y la conoce, puede concederla a cuantos escuchan su palabra y obedecen sus mandamientos. En línea con Dt 4,5-14 y Sir 24,23, en Baruc la Sabiduría que Dios da a Israel se identifica con el libro de la Torá en cuanto revelación divina estrechamente relacionada con la vida (4,1). Después de esta sorprendente revelación, de repente, el autor cambia de tono y dirige a Israel una viva exhortación. Si el pueblo quiere abrazar la Sabiduría y entrar en comunión de vida con ella (3,38), debe caminar en la claridad y resplandor de su luz (cf. Is 2,5), o sea, debe convertirse. El macarismo final proclama que la felicidad de Israel consiste en conocer la voluntad del Señor, expresada en el libro de la Ley. El pueblo elegido («nosotros») es declarado dichoso porque conoce lo que es agradable a Dios.

Séptima lectura: Ezequiel 36,16-28

Derramaré sobre vosotros un agua pura, y os daré un corazón nuevo.

Ezequiel es, sin olvidar al Deutero-Isaías, el gran profeta del exilio. Deportado a Babilonia en el año 597 aC, recibe su vocación cuatro años después (1,1-3,15) y allí ejerce su ministerio profético entre sus compatriotas durante al menos veinte años. El mensaje de Ezequiel se puede dividir en dos partes bien diferenciadas: antes y después de la caída de Jerusalén (Ez 33). Este es el acontecimiento central alrededor del cual se desarrolla todo el libro. Antes de la catástrofe, la principal tarea de Ezequiel era insistir con vehemencia en que lo peor todavía tenía que venir. Después de la catástrofe del 587/586, el mensaje del profeta cambia. Al recibir la noticia de la destrucción de Jerusalén, Ezequiel recupera la palabra (33,21-22). El que había sido profeta de juicio, amenazas y castigo se transforma ahora en profeta de esperanza para un pueblo desesperado, como se puede apreciar sobre todo en los capítulos 33-39 y 40-48.

El cap. 36 consta de dos grandes partes: vv. 1-15 (promesa de restauración) y vv. 16-38 (renovación de la vida espiritual de Israel). A esta última pertenece nuestra lectura (vv. 16-28), que a su vez puede dividirse en dos estrofas. En la primera (vv. 16-21), de tono negativo, las naciones desprecian a Israel como un país derrotado y a Dios como incapaz de proteger a su pueblo; de este modo su nombre queda profanado. En la segunda

(vv. 22-28), en cambio, brilla un mensaje de esperanza. Es el punto culminante de la predicación de Ezequiel. Las expresiones más significativas del pasaje son: el «agua purificadora» necesaria para participar en el culto y para limpiar al pueblo después de su estancia en tierra impura (v. 25), el «corazón nuevo y de carne» que sustituirá al viejo corazón de piedra y el «espíritu nuevo» que es el espíritu de Dios (vv. 26-27). El fragmento, muy parecido a Jer 31,31-34, concluye con una fórmula que expresa el restablecimiento de la alianza entre Dios y su pueblo (v. 28). La asociación entre la purificación del agua y el don del Espíritu ha favorecido una interpretación en clave bautismal.

Lectura del Apóstol: Romanos 6,3-11

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Nuestro texto se sitúa en la parte doctrinal de la carta a los Romanos (1,16-11,36), más exactamente en la segunda sección de la misma, donde Pablo describe la condición cristiana del hombre justificado (5,1-8,39). Después de explicar que la vida nueva en Cristo genera paz y esperanza y que Cristo elimina el mal provocado por Adán, el apóstol aborda el tema bautismal en relación con la muerte y resurrección de Cristo.

Pablo siente la necesidad de definir el sentido cristiano del bautismo para diferenciarlo de otras formas de bautismo vigentes en su época. Por eso, se remonta al núcleo fundamental de la fe, es decir, el kerygma o la predicación de la muerte y resurrección de Cristo. Si el bautismo no va precedido del don del Espíritu, de la evangelización y de la fe en Cristo, se reduce a un rito mágico sin consecuencias comunitarias o eclesiales.

El bautismo cristiano no puede reducirse a un rito de purificación del pecado o a un itinerario autónomo de conversión. Es mucho más que eso: establece en modo misterioso una estrecha relación personal entre la persona y Cristo muerto y resucitado, a través de una participación real gracias a la acción del Espíritu Santo. Para describir esta relación nueva y profunda con la muerte y resurrección de Cristo, Pablo crea un vocabulario original difícil de traducir en nuestra lengua cuyo elemento esencial es la preposición «con»: según él, el bautizado es un con-crucificado, un con-sepultado, un con-resucitado, un co-heredero, un con-glorificado, una persona que vive con Cristo Jesús.

Evangelio: Lucas 24,1-12

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

Lucas 24, el último capítulo del evangelio, además de ofrecernos un resumen cronológico de los hechos acaecidos después de la sepultura de

Jesús, desarrolla un tema: el anuncio del mensaje pascual. Sin este mensaje, no tendrían sentido ni las apariciones del resucitado ni la tumba vacía. El capítulo se compone de cuatro escenas: la tumba vacía (vv. 1-12); la aparición a los discípulos de Emaús (vv. 13-35); la aparición a los apóstoles (vv. 36-49) y, por último, la ascensión de Jesús (vv. 50-53).

El evangelio de hoy contiene el «relato de la tumba vacía» (24,1-12) que solo al inicio (vv. 1-3a) concuerda con el de Marcos. A partir del v. 3b, Lucas introduce el tema de la ausencia de Jesús y en el v. 4 entran en escena, por primera vez, «los dos hombres» (Marcos, en cambio, habla de un joven, Mateo de un ángel y Juan de dos ángeles). En los vv. 4-5 abundan las observaciones psicológicas, una tendencia que Lucas comparte con Juan.

Empieza con una breve introducción (vv. 1-3). Las mujeres se refieren a Jesús como el «Señor», título que los primeros cristianos utilizaban para hablar de su presencia en la Iglesia y en el mundo. Sigue el mensaje pascual (vv. 4-7). «No está aquí: ha resucitado» constituye el dato esencial del anuncio pascual recogido por todos los evangelistas. Lucas, sin embargo, añade dos elementos nuevos. Uno lo coloca antes «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» y el otro después «Recordad lo que os dijo...». Que los discípulos buscasen a Jesús también lo dicen Marcos y Mateo, pero Lucas lo enfatiza mediante una expresión llena de significado teológico: «el viviente entre los muertos». Al mensaje pascual seguirá el anuncio de las mujeres, citadas por su nombre, a todo el grupo (vv. 8-12). En el mundo oriental el testimonio de las mujeres no tenía valor jurídico. Se explica así el escepticismo de los discípulos, a excepción de Pedro que descubre atónito la tumba vacía.

PASCUA

Domingo de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

Nosotros hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

El encuentro de Pedro y Cornelio constituye el corazón de Hch 10,24-48, una secuencia programática en el libro. Cuidadosamente preparada por Lucas, está precedida de una triple intervención divina (10,1-23) y seguida de una contestación que hace que Pedro tenga que justificarse ante la iglesia de Jerusalén (11,1-18).

Cornelio era un centurión romano que vivía en Cesarea Marítima, el gran puerto que Herodes el Grande había hecho construir allá por el año 10 aC y que era la sede del poder romano en Palestina. Era un hombre piadoso, temeroso de Dios, que hacía muchas limosnas entre la gente del pueblo y que rezaba continuamente. Una identidad contrastante: por un lado, soldado, romano y pagano; por otro, un comportamiento religioso fuera de serie. Podría ser un modelo para el pueblo elegido (cf. el centurión de Cafarnaún en Lc 7).

El encuentro de Pedro y Cornelio se articula en tres escenas: Pedro y Cornelio cara a cara (10,24-33), predicación de Pedro (10,34-43) e irrupción del Espíritu Santo (10,44-48). Nuestro fragmento se concentra en el discurso de Pedro en casa de Cornelio, el quinto y último discurso misionero del apóstol en el libro de los Hechos, y el único dirigido a un auditorio pagano. De marcado tono cristológico y universalista, el discurso está estructurado en cuatro partes muy bien relacionadas entre sí. A la tesis principal, «el Dios de todos» (vv. 34-36), sigue el cuerpo central presentado en dos momentos, «Jesús enviado a Israel» (vv. 37-39a) y el «kerygma pascual» (vv. 39b-42) y, por último, la conclusión «Jesús, Señor universal» (v. 43).

Segunda lectura: Colosenses 3,1-4

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.

En la carta dirigida a la comunidad de Colosas, Pablo quiere contrarrestar el influjo de algunas ideas perniciosas en relación a la persona de Cristo que algunos intentaban introducir entre los cristianos. La carta empieza con una exposición doctrinal (1,15-2,5), sigue una llamada de atención frente a los errores de los falsos profetas (2,6-23) y una exhortación práctica (3,1-4,1). Concluye con exhortaciones, noticias y saludos (4,2-18).

Nuestro fragmento recoge los versículos iniciales (3,1-4) de la parte moral sobre «la vida nueva en Cristo». Este breve pasaje contrapone a Jesu-

cristo, norma de fe y de vida para el cristiano, con el modo de pensar y vivir que precede a la conversión. El apóstol parte de la persuasión que los cristianos, habiendo muerto y resucitado con Cristo en el bautismo, han roto definitivamente con el mundo y han entrado en una dimensión escatológica (v. 1). En el v. 2 se repite la misma idea con otras expresiones (contraste entre las cosas «de arriba» y las cosas «de la tierra»). Se insiste en la idea de la separación del mundo (v. 3) y el discurso se encamina hacia la parusía: lo que ahora está escondido saldrá a la luz en las apariciones de Jesús (v. 4).

Evangelio: Juan 20,1-9

Él había de resucitar de entre los muertos.

A pesar de su brevedad, el capítulo 20 del cuarto evangelio se conoce como «el libro de la Resurrección» porque contiene diversos episodios sobre la resurrección, o mejor dicho, sobre la tumba vacía (20,1-10) y las apariciones del Resucitado (20,11-29). Estos episodios no tienen la continuidad del «libro de la Pasión», ya que originariamente eran piezas separadas que el evangelista unificó sin eliminar las incongruencias propias de esta adaptación.

Si lo comparamos con los sinópticos, Juan da mucho realce al papel de María Magdalena: es la única que va al sepulcro la mañana de Pascua para encontrar al Resucitado y es la primera que anuncia el mensaje pascual a los discípulos. Al darse cuenta de que habían quitado la losa del sepulcro, corre al encuentro de Pedro y Juan y les dice que «se han llevado al Señor». La primera explicación del sepulcro vacío no es, pues, la resurrección sino el robo del cadáver, algo que estaba severamente castigado por la ley (vv. 1-2). Así empieza nuestra página evangélica. Los versículos siguientes (vv. 3-8) interrumpen el relato de la aparición a María Magdalena. Una vez más el evangelista da protagonismo al discípulo amado. Aun cuando llega primero al sepulcro, tiene la deferencia de esperar a Pedro (cabeza de los apóstoles) para no tomarle la delantera. Ahora bien, es él, y no Pedro, quien sabe interpretar el significado de las vendas y el sudario: «vio y creyó». No es solo una visión física sino una visión penetrante que capta el significado profundo de aquello que está viendo hasta llegar a la fe; una fe que abraza toda su existencia (nótese que el verbo «creer» no lleva complemento) y que tiene como principal objeto la resurrección del Señor (v. 8). El texto termina con una nota del redactor (v. 9).

Domingo 2 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 5,12-16

Crecía el número de los creyentes.

La primera lectura de los domingos del tiempo pascual se toma de los Hechos de los Apóstoles, una antología de recuerdos ejemplares que muestran cómo los apóstoles realizaban en la Iglesia el plan de Cristo. En la sucesión de los hechos concretos se intercalan, de vez en cuando, «sumarios» o visiones de conjunto como el que leemos hoy. Este sumario, el tercero del libro, ofrece una panorámica de la comunidad cristiana de Jerusalén destacando sus principales características. A diferencia de los dos sumarios anteriores (Hch 2,42-47 y 4,32-35), este no trata de la vida interna de la comunidad sino de su efecto en el exterior.

Después del drama de la muerte de Ananías y de su esposa Safira (5,1-11), nuestro texto es una especie de oasis narrativo en el que Lucas, sin conseguir establecer un orden lógico, intenta conectar dos temas distintos: por un lado, la acción terapéutica de los apóstoles y sus efectos (vv. 12a.13.15-16) y, por otro, un retrato de la comunidad creyente (vv. 12b.14). Tanto es así que algunos autores creen que este sumario es la fusión de otros dos. Por lo que respecta al segundo tema, son de destacar algunos rasgos específicos como la asiduidad al templo, el espíritu de concordia, la conciencia de formar una comunidad bien definida y su crecimiento constante.

Segunda lectura: Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19

Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos de los siglos.

Desconcertante y fascinante a la vez, el libro del Apocalipsis cierra el Nuevo Testamento. Se presenta como una «revelación» (en griego, *apokalypsis*), y esto indica su pertenencia a la literatura apocalíptica que se desarrolla en Israel a partir del periodo postexílico. Su objetivo era ofrecer una respuesta de fe frente a situaciones particularmente dolorosas que amenazaban la integridad religiosa de los fieles. Características de este tipo de literatura son: la presentación de revelaciones divinas mediante visiones; la intervención de ángeles u otros seres celestiales; uso abundante del lenguaje simbólico; recurso continuo a temas y expresiones tradicionales. El Apocalipsis se autodefine además como «profecía», cuyo mensaje, si se escucha y pone en práctica, es fuente de salvación (1,3). De ahí, sus muchos contactos con la tradición profética del Antiguo Testamento.

El libro empieza con un prólogo (1,1-3) y un diálogo litúrgico (1,4-8) al que sigue la primera visión (1,9-20), de la que hoy leemos un fragmento. El Cristo glorioso domina toda la escena como «el primero y el último», «el que vive», «el que tiene las llaves de la muerte y el infierno» (vv. 17-18). Toda la Iglesia lo adora y alaba, celebrando una liturgia que es anticipación de la liturgia celestial. El centro de esta alabanza es la Resurrección, misterio central del cristianismo, que nos abre a un horizonte de luz y esperanza. Por esto, el Apocalipsis («lo que veas, lo que está sucediendo y lo que ha de suceder», v. 19) es un canto a la esperanza y a la victoria de Cristo.

Evangelio: Juan 20,19-31

A los ocho días, se les apareció Jesús.

En la última página de su evangelio (20,19-31), Juan contempla la aparición del Señor a los discípulos como punto de partida de la misión apostólica. En realidad, el texto narra dos apariciones sucesivas: la aparición a los discípulos reunidos (vv. 19-22) y la aparición a Tomás «el Mellizo» (vv. 23-29). Sigue una breve conclusión sobre la finalidad del evangelio (vv. 30-31). El primer episodio gira entorno a la misión, mientras el segundo ilustra el paso de la duda a la fe.

El encuentro del Señor con los discípulos retoma los grandes temas del «sermón de la Cena» (Jn 13-17): *La venida de Jesús*. El texto griego dice que Jesús «vino» y se situó en medio de ellos. Jesús cumple la promesa de volver con sus discípulos. Lo vieron, lo oyeron hablar, lo tocaron. La Iglesia es Jesús «con nosotros», «en medio de nosotros». *La paz*. Por tres veces Juan pone en boca de Jesús la expresión «¡Paz a vosotros!» (vv. 19.21.26), síntesis de amor fraterno, voluntad de cooperación y respeto a la justicia. *La misión*. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21). Cristo Resucitado es fuente, derecho y norma de la misión cristiana. Los discípulos continúan en el mundo la misión del Maestro, porque como él han sido amados por el Padre. *El Espíritu Santo*. Aunque algunos hablan del «Pentecostés joánico», aquí se trata de la transmisión del Espíritu para una misión particular: perdonar los pecados.

Después de la muerte de Jesús, a los discípulos les costó mucho creer. Juan personaliza la crisis en el apóstol Tomás. De temperamento pesimista, es sincero en su negación y sincero en su conversión. Tomás responde con una hermosa confesión de fe: «¡Señor mío y Dios mío!» y de labios de Jesús escuchamos la bienaventuranza de la fe, raíz y compendio de todas las bienaventuranzas: «Dichosos los que crean sin haber visto» (v. 29).

Domingo 3 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 5,27b-32.40b-41

Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo.

La imagen de una comunidad atractiva, activa y admirada por el pueblo esbozada en el tercer sumario (Hch 5,12-16) se queda atrás. A partir de 5,17 la atmósfera cambia completamente: enfurecimiento de las autoridades, arresto de los apóstoles y proceso ante el sanedrín. Pero sucede algo extraordinario: un ángel y un fariseo ayudan a escapar a los prisioneros maltratados que de nuevo son arrestados en el templo (5,17-26).

En este contexto se sitúa nuestro fragmento de los Hechos (5,27-40), donde Lucas narra el segundo proceso de los apóstoles ante el sanedrín. Interrogados por el sumo sacerdote, la respuesta de Pedro y sus compañeros enciende la ira de los presentes (vv. 27-32). Afortunadamente, la escalada de violencia es interrumpida por la intervención de Gamaliel que consigue, con sus sabias palabras, la liberación de los apóstoles (vv. 33-40). Gamaliel era un maestro muy apreciado, discípulo del célebre Hilel. Según Hch 22,3, Pablo había sido discípulo suyo.

Las palabras de Pedro y las de Gamaliel explican la libertad y valentía con que actúan los apóstoles: obedecen a un mandato de Dios. No se trata de una obra humana y por eso los hombres no pueden detenerla. El discurso de Pedro nos recuerda el de 2,14-41 y el de Gamaliel nos informa sobre dos movimientos populares surgidos en Palestina poco antes de que Jesús comenzara su ministerio.

Segunda lectura: Apocalipsis 5,11-14

Digno es el cordero degollado de recibir el poder y la alabanza.

El capítulo 5 del Apocalipsis, del que leemos solo algunos versículos, está dedicado al libro de los siete sellos (cf. Sal 139,16 y Dn 10,21) que solo el Cordero degollado, pero en pie, puede abrir. La visión tiene una rica simbología. El Cordero degollado, sintetizando las figuras del siervo del Señor (Is 53,6-7) y del cordero pascual (Ex 12,12-13), representa a Cristo muerto y resucitado en la plenitud de su función mesiánica. El trono indica la soberanía absoluta de Dios sobre todos los seres y la historia, soberanía que ahora ejerce Cristo Resucitado. Los veinticuatro ancianos simbolizan la Iglesia ideal, incluidos el Antiguo y el Nuevo Testamento (12 patriarcas, 12 tribus, 12 apóstoles), la cual resume la creación entera (24 es múltiplo de 12, el número del zodiaco). Los cuatro vivientes son el signo personificado de la acción múltiple de Dios proyectada en las cuatro direcciones

del horizonte. A la intervención salvífica de Dios responden al unísono la humanidad y la creación con una alabanza: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos» (v. 13).

Evangelio: Juan 21,1-19

Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio; lo mismo el pescado.

El capítulo 21, el último del cuarto evangelio, fue añadido a modo de epílogo, después de una primera conclusión (20,30-31), en una segunda edición del texto. Se trata de una meditación sobre Cristo Resucitado que ordena y dirige la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo. La escena, ambientada en la orilla occidental del lago de Genesaret, se compone de dos grandes cuadros: una aparición en el lago (21,1-14) y un diálogo entre Jesús y Pedro (21,15-19) que de hecho continúa hasta el v. 23. El primer cuadro, a su vez, se desarrolla en dos momentos: la pesca milagrosa (21,1-8), signo que revela la presencia de Cristo Resucitado y la comida que Jesús comparte con sus discípulos en la orilla del lago (21,9-13). El v. 14 es una conclusión redaccional que coordina esta aparición con las dos precedentes.

La escena de la pesca empieza con una introducción, donde se mencionan el lugar, los nombres de los personajes (siete discípulos) y la ardua tarea a la que se dedicaban: la pesca. En el v. 4 irrumpe un personaje nuevo y desconocido que los discípulos no reconocen. Esta característica, típica de las apariciones, quiere mostrar la diferencia entre el Jesús «según la carne», fácilmente identificable, y el Cristo «según el Espíritu», reconocible solo por medio de la fe. Pedro toma la iniciativa y todos le siguen. Salen a pescar, pero después de bregar toda la noche por su cuenta no consiguen nada. El desconocido insiste en que echen de nuevo la red al mar. Obedecen por instinto a su palabra y de una sola redada pescan 153 peces grandes, es decir, una cantidad inimaginable de peces. «Sin mí no podéis hacer nada», les había dicho el Señor pocos días antes (15,5). El primero que lo reconoce es el discípulo amado, mientras Pedro reacciona impulsivamente, como siempre. Jesús les espera en la orilla con la comida preparada. Sus gestos recuerdan los de la última cena.

En el diálogo entre Jesús y Pedro, éste confiesa tres veces su amor al Señor como reparación de su triple negación y el Señor le confiere el cuidado supremo del rebaño, que sigue perteneciendo en exclusiva al Señor: «apacienta mis corderos» (v. 15), «apacienta mis ovejas» (v. 17).

Domingo 4 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 13,14.43-52

Nos dedicamos a los gentiles.

En la tercera parte de los Hechos de los Apóstoles, que ocupa algo más de la mitad del libro (Hch 13–28), Lucas describe la última etapa del programa misionero esbozado por Jesús en sus palabras de despedida a los discípulos (1,8). En ella el testimonio cristiano llega hasta los confines del mundo representados en la ciudad de Roma. El punto de partida es la comunidad de Antioquía. Podemos distinguir tres momentos en la expansión misionera: la evangelización de Chipre y Asia Menor por obra de Pablo y Bernabé (13,1–15,35); la evangelización de Grecia (15,36–21,14) y el camino de Pablo desde Jerusalén hasta Roma (21,15–28,31).

Nuestra lectura es un fragmento de 13,13-52, el momento culminante del primer viaje misionero de Pablo: se pasa de la predicación de los judíos (vv. 13-41) a los paganos (vv. 42-52). Un largo discurso resume la predicación de Pablo, muy parecida en sus líneas fundamentales a la catequesis apostólica de los discursos de Pedro.

A primera vista, la reacción a sus palabras parece favorable (v. 42), pero los judíos se dejan llevar por la envidia y rebaten con insultos a Pablo. La respuesta conjunta, de Pablo y Bernabé, se basa en la cita de Is 49,6, referida a Jesús en Lc 2,32. Pablo siente que también a él le toca continuar la misión que había sido confiada al siervo del Señor. Los paganos se convierten, mientras los judíos instigan una persecución contra los apóstoles. Con un gesto simbólico (sacudirse el polvo de los pies), Pablo y Bernabé condenan a los que rechazan la Palabra de Dios y, llenos del Espíritu Santo, se marchan a Iconio.

Segunda lectura: Apocalipsis 7,9.14b-17

El Cordero será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas.

Con nuestro fragmento concluye «la sección de los siete sellos» (Ap 6,1–7,17), caracterizada por la apertura paulatina de los siete sellos que mantienen cerrado el libro del Cordero. La escena descrita es impresionante. Una multitud ingente está en pie en señal de victoria. Han superado la prueba y ahora participan de forma ininterrumpida en una liturgia celestial. El centro de la escena lo ocupa el Cordero, es decir, Cristo (v. 17). Él concentra en sí mismo todo el simbolismo pastoral: es cordero y pastor, es cabeza y cuerpo de la Iglesia. Destacan también los que van vesti-

dos de blanco (porque participan de la situación de Cristo); son los que vienen de la «gran tribulación». Con esta expresión el autor podría aludir a la persecución de Domiciano, pero probablemente se refiere a la gran tribulación que precederá el juicio final, tal como está escrito en Dn 12,1: «Será un tiempo de angustia como no hubo otro desde que existen las naciones». Ahora bien, desde una perspectiva escatológica, una tal tribulación abraza todas las luchas y persecuciones que afligirán a la Iglesia de todos los tiempos.

Evangelio: Juan 10,27-30

Yo doy la vida eterna a mis ovejas.

Dedicado a la figura de Jesús el buen pastor (cf. 9,35), el capítulo 10 del cuarto evangelio se puede dividir en cuatro partes: un discurso alegórico sobre el pastor y la puerta (vv. 1-21), el testimonio de Jesús como buen pastor en relación al Padre (vv. 22-31), una controversia sobre Jesús, Hijo de Dios (vv. 32-39) y un sumario conclusivo (vv. 40-42).

La segunda parte (10,22-31), a la que pertenece nuestro fragmento, está ambientada en la fiesta de la Dedicación del templo (*Hanukkah*, en hebreo). En esta ocasión los judíos recuerdan la nueva consagración del altar y del templo profanados por el ejército seléucida entre los años 167 y 164 aC. A la reticente pregunta de los judíos, Jesús responde indirectamente, remitiendo al testimonio de sus obras y afirmando que su verdadera identidad solo puede ser conocida por aquellos que están abiertos a la fe. Así pues, sin mencionar en ningún momento la palabra Mesías, Jesús se identifica como tal, pero no en el sentido que ellos lo entienden sino en cuanto Hijo de Dios.

El v. 27 es un resumen de los vv. 3-4 y 14 del precedente discurso alegórico, aplicado a los creyentes. Se insiste en la actitud de las ovejas (los fieles) en relación con Jesús y la disposición del pastor a favor de las ovejas. También el v. 28 retoma la imagen del ladrón que va al rebaño solo para robar, matar y destruir (v. 10) y del lobo que hace presa de las ovejas aprovechando el descuido del asalariado (vv. 12-13). Quien pone su fe en Jesús encontrará una seguridad absoluta que ninguna otra protección humana es capaz de ofrecer. En el v. 29 contemplamos al Padre en relación con las ovejas y con Jesús. Ellas son el regalo de Dios a su Hijo. El mismo Padre las mantiene seguras en su mano invencible, como Jesús. Y esto porque «yo y el Padre somos uno» (v. 30).

El contexto siguiente muestra como los oyentes comprendieron que Jesús hablaba de su divinidad, lo cual para ellos era una blasfemia. Por eso, intentan lapidarlo (vv. 31-33).

Domingo 5 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 14,21b-27

Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos.

La primera lectura cuenta el regreso del primer viaje misionero de Pablo (años 45-49 aprox.) por Chipre y las ciudades de Asia Menor. En lugar de proseguir de Derbe hasta Antioquía por el camino más breve, rehacen en sentido inverso un agotador y peligroso itinerario de centenares de kilómetros para visitar las Iglesias recién fundadas. El episodio tiene como objetivo presentar en síntesis el éxito de la misión entre los paganos y preparar así el capítulo siguiente (cf. Hch 15,3.12).

Dos son los elementos esenciales de esta síntesis. El primero es de tipo espiritual, parenético y pastoral y está bien ilustrado en el v. 22: se trata de animar, exhortar a perseverar en la fe, pasar por tribulaciones. Así como Cristo ha tenido que padecer mucho para entrar en la gloria de la resurrección, también el discípulo debe recorrer el camino fatigoso del sufrimiento y la persecución (cf. Lc 22,28-29). El segundo elemento, en cambio, se refiere a la designación de un equipo de responsables («ancianos» o «presbíteros») de la acción pastoral en cada comunidad. Este es el elemento estructural e institucional de la Iglesia local. Son «designados» por los apóstoles durante una celebración litúrgica («después de haber rezado») y penitencial («después de haber ayunado»), y encomendados al único pastor, el Señor en quien han creído.

El recorrido misionero termina igual que había empezado, es decir, en un clima comunitario. Pablo y Bernabé resumen su experiencia con el dato más significativo: Dios ha abierto a los paganos la puerta de la fe (v. 27).

Segunda lectura: Apocalipsis 21,1-5a

Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.

La selección antológica del Apocalipsis salta directamente a la última visión, en la que después de una fugaz mención a la renovación del universo («el cielo nuevo y la tierra nueva»), Juan centra su atención en la nueva Jerusalén, clímax de la historia de la salvación. Ciudad y esposa al mismo tiempo, en ella se cumplen todas las promesas que Dios hizo a su pueblo tanto en la antigua y como en la nueva revelación. Llena de resplandor celestial, es imagen del reino eterno de Dios y de sus elegidos, es la presencia («morada») de Dios en medio a su pueblo.

Vencida la muerte, eliminados los sufrimientos y las lágrimas, neutralizadas las fuerzas hostiles y negativas, inicia una vida nueva en Cristo: «He

aquí que hago nuevas todas las cosas» (v. 5a). Estamos ante una nueva creación, en la que todo vuelve a su situación original, todo vuelve a ser vida y comunión gozosa con Dios.

Evangelio: Juan 13,31-33a.34-35

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros.

Los capítulos 13–17 del cuarto evangelio, conocidos como el «sermón de la Cena» o «el libro de las despedidas», son el testamento espiritual que Jesús dejó a los suyos antes de ir al Padre. Después del lavatorio de los pies (13,1-20) y la traición de Judas (13,21-30), empieza el primer discurso de despedida de Jesús (13,31–14,31), del que hoy leemos las primeras líneas. Tres son los temas tratados en nuestro breve fragmento: la glorificación de Dios en Cristo (vv. 31-32), el anuncio de la ausencia temporal de Jesús (v. 33) y el mandamiento nuevo del amor (vv. 34-35).

En el momento oscuro de la traición de Judas, empieza el «ahora decisivo» de la redención, empieza el misterio pascual (pasión, muerte y resurrección). Jesús lo contempla desde la perspectiva suprema de la glorificación. Se trata de una glorificación mutua: Jesús manifiesta la gloria del Padre y el Padre manifiesta la gloria de Jesús (vv. 31-32).

Varias veces Jesús anuncia su partida (cf. 7,33-34; 8,20-21). Aquí es la única vez en el evangelio que el Maestro llama «hijos míos» a los discípulos. La expresión, en cambio, es muy frecuente en la primera carta de Juan. La indicación «todavía un poco» es más bien vaga y crea un clima de expectación angustiosa (v. 33). Será el tema principal de los dos discursos siguientes.

El legado o mandato que Jesús deja a los suyos es «nuevo». ¿En qué consiste su novedad? Es nuevo, no porque es reciente, sino porque constituye el único y radical compromiso de la nueva alianza instaurada por Jesús (cf. Jr 31,31-34). Es un amor recíproco («unos a otros»), por lo que nadie es superior al otro y todos necesitan el amor del otro. Es nuevo porque se funda en el amor de Jesús («como yo os he amado»), que nos da ejemplo de cómo hay que amar y al mismo tiempo nos da la fuerza para ello. Solo quien es amado y se siente amado es a su vez capaz de amar. El amor será el carnet de identidad de los cristianos (Hch 4,32) porque es signo concreto de una fuerza misteriosa inaccesible al ser humano: la fuerza del amor de Dios que se revela en su Hijo (v. 35).

Domingo 6 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 15,1-2.22-29

Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables.

El capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles narra uno de los episodios más importantes en el conjunto del libro: el concilio de Jerusalén. La lectura litúrgica se limita al inicio (vv. 1-2) y la conclusión del mismo (vv. 22-29). La gran obra de evangelización, descrita en los dos anteriores capítulos, estaba a punto de naufragar a causa de algunos judíos convertidos que querían imponer a los paganos la ley de Moisés (circuncisión incluida). Esta delicada cuestión levantó una tempestad en el seno de la Iglesia creando fracturas y polémicas.

En el primer concilio ecuménico se delinearon básicamente tres posturas: la de Pablo, de carácter abierto y «progresista», la de Pedro, no tan definida, y la de Santiago, obispo de Jerusalén, defensor de una solución conciliadora. Después de estudiar y discutir sobre la cuestión, se redactó un decreto («una carta apostólica») que fue entregado oficialmente en Antioquía. El documento refleja la postura de Santiago, pues menciona las cuatro normas citadas en su discurso (5,20: abstenerse de la idolatría, de matrimonios ilegales, de comer animales estrangulados y de la sangre). Son normas de pureza ritual que facilitan la comunión de mesa entre cristianos de origen judío y pagano. Lucas subraya que la decisión es también obra del Espíritu Santo (v. 28).

En definitiva, una lección de pastoral para la Iglesia: por un lado, tiene que conservar intacto el depósito de la fe y, por otro, tiene que adaptarse a las nuevas circunstancias y a la realidad de sus miembros.

Segunda lectura: Apocalipsis 21,10-14.22-23

Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo.

La lectura del Apocalipsis se reduce a un extracto de la visión final sobre «la Jerusalén del cielo» (Ap 21,6-27), tema ya apuntado el domingo pasado y que hoy alcanza su máximo desarrollo. La descripción de la ciudad se articula en siete puntos: raptó extático del vidente a modo de introducción (vv. 9-10a), presentación de la ciudad celestial en su conjunto (vv. 10b-14), sus formas y medidas (vv. 15-17), materiales de construcción (vv. 18-21), la presencia divina (vv. 22-23), meta de salvación para las naciones (vv. 24-26), condición de entrada: estar inscrito en el libro de la vida (v. 27).

La ciudad, descrita en todos sus detalles, recuerda la sección final del libro de Ezequiel (Ez 40–48), padre de la apocalíptica. La nueva Jerusalén resplandece como la ciudad más luminosa del universo. Su estructura comprende simbólicamente doce puertas, es decir, el antiguo Israel fiel; doce ángeles la custodian (cf. Is 62,6). El muro tiene doce cimientos que son los doce apóstoles del cordero (cf. Ef 2,19-20). En esta Jerusalén del futuro y de la esperanza ya no es necesario el templo, lugar de la presencia de Dios, pues Dios mismo es nuestro templo en una comunión plena entre Salvador y criatura salvada (v. 22). Toda ella es luz, como en la profecía mesiánica de Isaías 60. Y la luz va unida a la gloria divina en cuanto símbolo de la divinidad presente y trascendente (v. 23).

Evangelio: Juan 14,23-29

El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.

Siempre en el contexto de Jn 13–17, hoy leemos la conclusión del primer discurso de despedida iniciado en 14,1-14. Conviene distinguir tres secciones: reflexión sobre el amor (vv. 23-24), el segundo anuncio del Paráclito (vv. 25-26) y la síntesis del discurso (vv. 27-29).

Una interrupción de Judas Tadeo (v. 22) introduce la recapitulación sucesiva: Jesús reafirma el hecho y la condición de la divina presencia que acompañará siempre a sus discípulos después de su partida, a la vez que concreta su significado. El significado es el amor; amar es darse completamente al otro. Y la condición es que el creyente ame a Cristo, realizando su amor en el cumplimiento de sus palabras, entendiéndose de sus mandatos (vv. 23-24).

El segundo anuncio del Paráclito presenta al Espíritu como «maestro», cuya función es la de continuar la enseñanza de Jesús en el sentido de hacerla recordar y comprender. Es el único texto en que el Paráclito es identificado explícitamente con el Espíritu Santo. Lo manda el Padre pero «en nombre de Jesús» (vv. 25-26).

Jesús se despide dejando a los suyos el don de la paz (v. 27). En el ambiente judío, la paz no se refiere solamente al fin de la guerra, sino a los bienes mesiánicos. La paz de Jesús es distinta de la paz del mundo. Es un don de Dios que aleja toda turbación. Ni siquiera su marcha ha de inquietar a los que creen en él. La promesa del retorno del v. 28 remite a 14,3.18. El amor de los discípulos por Jesús tiene que superar las expectativas egoístas de un reino mundano. El retorno de Jesús al Padre tiene su fundamento último en la voluntad y la misión recibida del Padre. La predicción del v. 29 quiere superar el escándalo de la cruz.

Ascensión del Señor

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

Se elevó a la vista de ellos.

Hoy leemos el prólogo de los Hechos de los Apóstoles que algunos hacen terminar en 1,8, otros en 1,11 (así el leccionario) o incluso hay quienes lo alargan hasta 1,14. Sea como sea, el hecho es que este prólogo enlaza con el final del evangelio de Lucas (Lc 24,45-53). Su finalidad es presentar al grupo de los doce apóstoles como depositario legítimo de la doctrina y la misión de Jesús. Desde el comienzo, Lucas presenta al Espíritu como el gran protagonista del libro (1,2.5.8) y traza el programa de la misión cristiana.

El episodio se compone de las siguientes partes: una dedicación (vv. 1-2), una cristofanía (v. 3) unida a una escena de despedida (vv. 4-8) y una elevación al cielo (vv. 9-11). Según las convenciones literarias grecorromanas, después del «yo» del autor se menciona la persona a quien se dedica el libro (Teófilo, personaje real o imaginario, cf. Lc 1,4) y se hace un compendio de la obra precedente. La presentación del Resucitado es sucinta: ha pasado por muchas pruebas, se ha hecho visible durante 40 días y ha enseñado el Reino de Dios (se omiten los milagros). La escena de despedida describe con pocos rasgos una comida en la que el Maestro dialoga por última vez con los suyos. Lucas es el único que cuenta la ascensión de Jesús a los cielos, situándola en presencia de testigos. La ascensión responde a la pregunta sobre la ausencia del Señor y la incertidumbre de su retorno. La sucesión de los vv. 4-8 y 9-11 muestra que esta ausencia no es abandono y que la instauración de la misión se coloca en el horizonte de su venida al final de los tiempos.

Segunda lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

Después del himno de alabanza inicial (Ef 1,3-14), sigue una oración del apóstol para que el Señor conceda a los destinatarios de la carta una comprensión más profunda del «misterio» (Ef 1,15-23).

Pablo da gracias por la fe y el amor que reinan entre los cristianos de Éfeso (sin nombrarlos explícitamente) y les recuerda en sus oraciones. En los vv. 17-19 se concreta el contenido de su oración. Esta va dirigida al «Padre de la gloria», expresión que se refiere no solamente a la gloria de Dios sino al hecho de que la gloria tiene su origen en Dios. En concreto

le pide «espíritu de sabiduría», «revelación» e «iluminación de los ojos del corazón», dones destinados a un solo objetivo: conocer más profundamente a Dios.

Los vv. 20-23 describen la soberanía universal de Cristo que ejerce en primer lugar sobre las potencias angélicas («potestades, principados, fuerzas y dominaciones») y en segundo lugar, en cuanto cabeza de la Iglesia, a la que se confiere una dimensión cósmica. Por eso, la Iglesia es definida como «plenitud» de Cristo, porque ella es el ámbito donde se manifiesta su soberanía.

Evangelio: Lucas 24,46-53

Mientras los bendecía, iba subiendo.

Lucas es el autor del Nuevo Testamento que da mayor relieve a la escena de la Ascensión. Con ella concluye el evangelio y con ella introduce los Hechos de los Apóstoles. Paralelo a la «glorificación» en el cuarto evangelio, el término «ascensión» designa en el vocabulario lucano el destino último de Cristo y de todo cristiano. La Ascensión del Señor es el vértice hacia donde se orienta toda la obra de Lucas, como bien demuestra la lectura de hoy que constituye la última página del evangelio. La muerte de Jesús no es un salto en el vacío, es un tránsito, un pasaje hacia la gloria. Para que los discípulos entendieran que había terminado su acción visible en la tierra, un día Jesús «subió al cielo». De este modo, entendieron, sintieron y «vieron» que Jesús está en la gloria de Dios.

Nuestra lectura no es sino una parte del relato de la aparición de Jesús Resucitado a la comunidad apostólica, reunida en una casa de Jerusalén, quizás el Cenáculo (24,36-53). Mientras los discípulos de Emaús contaban lo que les había sucedido a los demás, Jesús se presentó en medio de ellos. Les dispuso todas las dudas, los confirmó en la paz e infundió alegría en su corazón (vv. 36-43). Pero, sobre todo, les infundió el carisma de comprender en plenitud las Escrituras (vv. 44-45). Les confió la misión universal y concretó sus elementos constitutivos: la predicación de la muerte y resurrección de Jesús anunciada por las Escrituras, la invitación a la conversión en vista al perdón de los pecados, la apertura misionera hacia todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Los constituyó testigos y les advirtió que contasen siempre con la fuerza y el apoyo del Espíritu Santo (vv. 46-49).

Concluida la última instrucción a los discípulos, Jesús se despide. En el camino de Betania, en lo alto del monte de los olivos, los bendice con un gesto sacerdotal y se aleja en dirección al cielo (vv. 50-51). La alegría y la actitud de oración son índice de la fe de los apóstoles. Saben que el Señor está vivo, más que nunca, en medio de ellos (vv. 52-53).

Domingo de Pentecostés

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.

El capítulo 1 de los Hechos de los Apóstoles realiza la transición entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia. Las apariciones del Resucitado han terminado con la Ascensión (1,9-11). En Jerusalén se ha reunido, alrededor de los once apóstoles, un primer núcleo comunitario (1,12-14). Después se ha completado el grupo de los Doce con la elección de Matías que ha reparado la brecha que se había abierto en el colegio apostólico después de la muerte de Judas (1,15-26). Todo está preparado para la venida del Espíritu Santo que Jesús había prometido a sus discípulos.

El relato se compone de dos escenas: el descenso del Espíritu Santo (2,1-4) y la constatación del milagro de las lenguas (2,5-13). De una escena a la otra se pasa del espacio interior (la casa) al exterior (la ciudad), del grupo de los discípulos a una multitud cosmopolita. La primera escena ha sido la preferida de los pintores, mientras que Lucas ha desarrollado mucho más la segunda, dando la palabra a los presentes y describiendo sus reacciones finales. El peso del relato no recae tanto en el acontecimiento sobrenatural, descrito con sobriedad y concisión, cuanto en el asombro de los judíos de Jerusalén.

Dejando a parte el problema de «las otras lenguas» (v. 4), que puede entenderse como glosolalia o xenoglosia, Pentecostés invita a discernir la unidad de una misma Palabra en la irreducible pluralidad de las lenguas. Y es que el Espíritu de Pentecostés funda la Iglesia como una comunidad diferente en la que la comunicación universal es un don.

Segunda lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.

Los capítulos 12–14 de la primera carta a los Corintios están dedicados a los carismas o dones del Espíritu (cf. Rom 12,6). Nuestra lectura recoge algunos versículos del cap. 12 sobre el uso de los carismas. Como es su costumbre, Pablo empieza con una afirmación clara y decidida, que luego va precisando con ulteriores observaciones. Dicha afirmación se refiere al discernimiento de los verdaderos y los falsos carismas. El criterio fundamental es la fe y la adhesión a Jesucristo (v. 3b). En los vv. 4-11 el apóstol evoca la procedencia divina de los dones espirituales y su función en la edificación de la comunidad. Enumera sucesivamente una lista de nueve

carismas, la más extensa de las que se encuentran en sus cartas (cf. 1Cor 12,28-30: ocho; 14,26: cinco; Rom 12,6-8: siete; Ef 4,11: cinco).

A partir del v. 12 hasta el v. 31 Pablo utiliza la imagen del cuerpo y sus miembros, muy difundida en el mundo grecorromano, para ilustrar la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia es vista como un cuerpo animado por un único espíritu vital y dotado de muchos miembros con sus específicas funciones necesarias para la vitalidad y bienestar de todo el organismo. El espíritu vital es el Espíritu Santo que todos los cristianos reciben en el Bautismo, fuente que calma su sed (vv. 12-13).

Evangelio: Juan 20,19-23

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.

El capítulo 20 del cuarto evangelio, por algunos llamado «el libro de la Resurrección», contiene diversos episodios sobre la tumba vacía (20,1-10) y las apariciones del Resucitado (20,11-29). Después de la aparición a María Magdalena, que tiene el privilegio de encontrarse a solas con el Señor (20,10-18), Juan narra las apariciones a los discípulos (20,19-29), de las que hoy leemos el primer fragmento.

Nuestra página evangélica (20,19-23) resume la aparición del Resucitado en medio de la reunión de sus discípulos, la tarde de Pascua. En esa ocasión Jesús cumple las tres promesas que había hecho tres días antes en el «sermón de la Cena»: la de que muy pronto volverían a verle, que les infundiría su paz y su gozo y sobre todo la seguridad (reafirmada cinco veces) de que recibirían el Espíritu Santo.

Jesús comunica el Espíritu Santo a los discípulos con palabras: «Recibid el Espíritu Santo» y al mismo tiempo con un gesto simbólico: «alentó sobre ellos» (v. 22). Este signo evoca la creación del ser humano tal como la representa Gn 2,7: «Entonces el Señor Dios... sopló en su nariz un hálito de vida, y el ser humano se convirtió en un ser viviente». Mediante el soplo del Espíritu el cristiano se convierte en una nueva creación, en un ser nuevo. Inmediatamente antes (v. 20), Jesús ha mostrado sus heridas, afirmando que él es el mismo que murió en la cruz. Insiste en la herida del costado de la que manó sangre y agua, también signo del Espíritu (cf. 19,31-37 y 7,37-39).

El Espíritu que reciben los discípulos de Cristo es la fuerza de su misión, la misma misión que Cristo recibió del Padre (v. 21) y cuyo primer objetivo es «quitar el pecado del mundo» (1,29). De ahí el último encargo: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (v. 23).